

PREMIO 25 PRIMAVERAS  DE NOVELA

**Dimas Prychyslyy**  
**No hay gacelas  
en Finlandia**



Mario, dependiente de una librería y recién despedido, pasa las ocho horas de su jornada no laboral en el metro. Ha encontrado en el suelo de un vagón un papel con algo escrito: la lista de la última compra que uno hace en la vida. Tiene que verlo Damián, aspirante a escritor en los ochenta, que decide solicitar la ayuda de Claudia, cuyo trabajo es suplantar a algunos autores en sus redes sociales. Hay una marca en el papel que le resulta familiar y... Aquí empieza la búsqueda que los llevará hasta Olvido, bibliotecaria cómplice; a Aurelio, comisario de policía letraherido, y a Ástrid Lehrer, personaje en busca de autor.

Y mientras estos personajes «que no son capaces de separar el disfrute que les da la ficción del disfrute que les da hurgar en las vidas ajenas» se dedican a hacer de *detectives salvajes*, Misha batalla con su identidad sexual; su M., Isolina, con el abandono a través de una malsana relación con la comida que comparte con Antonio y Bea, y Zhora, encerrado en su casa, se ha bajado del mundo. Muy cerca de él vive Mar, una anciana de 99 años, contrapunto de paz y comprensión en el que encuentran consuelo los perdidos. Incluido el lector.

*No hay gacelas en Finlandia* es más que una novela: es, además, un puzzle con toques de Valle pero a lo Burroughs pasado por Bolaño, que el lector ha de construir con la convicción de que la lectura es una sutil forma de violencia y de que todos, personajes, autor y lectores, somos trozos de papel en recipientes de vidrio.

## Índice de contenido

Cubierta

No hay gacelas en Finlandia

1. Una aguja en un pajar

I. Mario

II. Isolina

III. Mar

IV. Zhora

V. Claudia

VI. Olvido

VII. Bea

VIII. Antonio

IX. Misha

X. La Oku

2. Los afectos

XI. Mario

XII. Zhora

XIII. Claudia

XIV. Mar

XV. La Oku

XVI. Misha

XVII. Antonio

XVIII. Olvido

XIX. Bea

3. Los encuentros

XX. Isolina

XXI. Antonio

XXII. Misha

XXIII. Isolina

XXIV. Claudia  
XXV. Bea  
XXVI. Mario  
XXVII. Mar  
XXVIII. Olvido  
XXIX. Zhora

4. Vísteme despacio

XXX. Claudia  
XXXI. Mar  
XXXII. Mario  
XXXIII. Misha  
XXXIV. Zhora  
XXXV. Olvido  
XXXVI. Isolina  
XXXVII. Mario

5. Las búsquedas

XXXVIII. Olvido  
XXXIX. Zhora  
XL. Claudia  
XLI. Misha  
XLII. Isolina  
XLIII. Mar  
XLIV. Mario

6. Los miedos

XLV. Olvido  
XLVI. Claudia  
XLVII. Isolina  
XLVIII. Zhora  
XLIX. Antonio  
L. Mario  
LI. Mar  
LII. Olvido  
LIII. Misha

LIV. Claudia

7. Camisas de once varas

LV. Bea

LVI. Misha

LVII. Olvido

LVIII. Zhora

LIX. Mario

LX. Mar

LXI. Claudia

LXII. Damián

8. Las preguntas

LXIII. Olvido

LXIV. Zhora

LXV. Isolina

LXVI. La Oku

LXVII. Mar

LXVIII. Mario

LXIX. Claudia

9. Los rastros

LXX. La Oku

LXXI. Olvido

LXXII. Mar

LXXIII. Claudia

LXXIV. Mario

LXXV. Misha

10. Harina de otro costal

LXXVI. Isolina

LXXVII. Zhora

LXXVIII. Mario

LXXIX. Olvido

LXXX. Claudia

LXXXI. Mario

11. Las gacelas

LXXXII. Misha

LXXXIII. Isolina

LXXXIV. Mario

LXXXV. Claudia

LXXXVI. Olvido

LXXXVII. Mario

LXXXVIII. Ástrid

12. Los caminos

LXXXIX. Misha

XC. Olvido

XCI. Aurelio

XCII. Mario

XCIII. Claudia

XCIV. Olvido

XCV. Mar

XCVI. Zhora

Epílogo

Sobre el autor

## NO HAY GACELAS EN FINLANDIA

Esta obra ha obtenido el **Premio 25 Primaveras**,  
convocado por Espasa y Ámbito Cultural  
y concedido por el siguiente jurado:

Alba Carballal  
Andrea Abreu  
Javier Aznar  
Jerónimo Carmona  
Luisa Paunero

*Para Salva, por ponerle nombre a esta novela  
y a tantas otras cosas.*



Algo corre entre ellos, un intercambio de miradas como líneas que unen una figura a la otra y dibujan flechas, estrellas, triángulos, hasta que todas las combinaciones en un instante se agotan, y otros personajes entran en escena.

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

Y es difícil tener un motivo para querer matar a alguien sin conocerlo bien.

UNAI ELORRIAGA, *Londres es de cartón*

Todo secuestrador sabe que lo óptimo sería darle al secuestrado la posibilidad de verse en un espejo, solo así pueden contemplarse las marcas del encierro, me refiero a la atrofia de los músculos, la piel en su proceso de emblanquecimiento, las oscuras bolsas que se forman bajo los ojos, la caída del cabello, y, en suma, la pérdida de fe en uno mismo y la derrota moral que todo eso conlleva.

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO, *Limbo*

Respuesta: no hay cadáveres.

NÉSTOR PERLONGHER, «Cadáveres»

# 1

## Una aguja en un pajar

A días falta el ímpetu que nos salve... la fe, la gracia, por eso vamos a ciegas, siempre a ciegas... que sea la belleza un ponderable, una ley implícita, busquemos hasta... la anulación del aliento, la ecuación del alimento. Mitad espíritu, mitad hueso. ¿Ves este final? Voy de vuestra parte. Todos los hijos de María.

Informe Alfa n.º 47 (copia) LGF por AL,  
pág. 1, enero de 2017

## I

## MARIO

La impresora me recuerda a esa máquina de tricotosa que tenía Tamara. La impresora negra. Como un monstruo ruidoso que vomita papeles, que en el fondo me entiende. La tricotosa la tenía Tamara en Marbella, aquel verano que mamá decidió dejarlo todo. Hicimos las maletas en silencio. Yo me llevé dos libros y un álbum con dibujos a pastel. Recuerdo que había un molinillo de café y un barco cuya perspectiva recordaba a los cuadros de Giotto. El molinillo era muy rojo, parecía que lo había dibujado con barra de labios. Un molinillo mantecoso. La sensación era la que se produce en los vuelos. La inmensidad del cielo que da miedo, que te hace sentir poderoso e insignificante. La seguridad del avión a no sé cuántos metros de altura. Y la Coca-Cola dentro del avión y las burbujas que no paran de subir dentro del líquido negro. Una señora al otro lado del pasillo se muerde las uñas. Yo me siento como esa lata de Coca-Cola dentro del avión, a no sé cuántos metros de altura.

Me pongo los calcetines negros, nuevos, que desprenden ese olor característico de la ropa interior sin estrenar. Es como la primera calada de un cigarro, como el primer beso, que no se repiten. Una vez que lavas los calcetines el olor se va. La sensación desaparece. Meto el olor de los calcetines nuevos en el olor viejo de los zapatos sudados. Craquelados por baratos, por ser del Zara, por ser los zapa-

tos del trabajo. Negros como la impresora, pero que creo que no me entienden. Los zapatos no entienden a sus dueños, al menos los míos, que no son de tacón. Los zapatos de tacón son más comprensivos, sobre todo los rojos como el molinillo. Me reconforta apretarme los cordones de los zapatos hasta que me duelan los pies. A veces me ha dado miedo que se me corte la circulación, pero me arriesgo. El efecto que produce el traje sobre los zapatos negros es el de un cuarto abandonado. El del armario de una viuda. El de la libertad extraña que producen los amores imposibles. Antes de salir cierro la persiana del salón y la puerta del dormitorio. Dejo que la casa descanse de mí durante doce horas. Y la dejo a oscuras y cerrada, como si la casa tuviese migraña y no tolerase ni el más mínimo roce. La plaza de Jacinto Benavente es intransitable. Los sábados la plaza es intransitable. Una vieja se ha montado un chiringuito de churros y ha puesto sobre las sillas de la terraza retales de abrigos de visón. Será que quiere aprovechar sus abrigos viejos. A mí me daría miedo que se mancharan de chocolate. Aunque sean viejos y sean retales y aunque no fueran de visón. Me daría miedo que se mancharan. La araña del Calderón no ayuda. El cielo es de un azul limpio, como el suavizante. Nunca me ha gustado el suavizante. El suavizante no raspa la piel. Es como las caricias a las que se resisten las casas con migraña. El cielo no sabe de migraña. El cielo no tiene casa. La araña del Calderón parece que se ha escapado por una enorme ventana y de pronto ha crecido. Se ha expandido y se ha quedado calva. Las arañas de plástico tampoco saben lo que es tener una casa, no saben ni siquiera qué es el suavizante. Mucho menos el cielo.

Donde me siento bien es en el metro. En el metro y dentro del *ereader*. El metro es un no lugar, el *ereader* es un no libro. El metro preserva la intimidad de tu destino, el *ereader* la de tus lecturas. Podría ir a donde me diese la gana como leo lo que me da la gana. Todo el mundo sabe que un sábado por la mañana no es adecuado leer *Harry*

*Potter.* Cuando me siento un poco infeliz leo el tercero, como cuando mamá decidió irse a Marbella y dejarlo todo. El vagón es un poco avión pero sin cielo, o con un cielo de cemento y tuberías invisibles. El cielo del vagón es lo que contiene. Por eso los aviones no son una casa y los vagones sí. El mejor momento de la semana es esa prisión del arrabal del subterráneo, en constante movimiento, profundo y quieto, vagabundo. Ir al trabajo es echar de menos y querer volverse pequeño y escaparse. Escaparse a Marbella, por ejemplo. Y pintar barcos deformes y molinillos de café, pero de verdad. Tener un barco pequeño y dentro del barco un molinillo, mantecoso. Porque los molinillos son como los mendigos, con patrias de bancos y cartones. Los molinillos son los que mejor aprecian una casa. Y las casas, aunque tengan migraña, aceptan la fragancia de los molinillos de café. Lo peor es salir del metro y ver el parque y los rascacielos enfadados, dispersos, con armadura. Allí no vive gente. Los rascacielos no saben de suciedad ni de tuberías. Son como aviones sin alas. Reflejan el cielo. Los rascacielos son el trabajo y el metro la huida. Mañana no pienso bajarme en la parada de todos los domingos. Me quedaré sentado con mi traje color casa abandonada y los zapatos apretándome los pies y daré vueltas en el metro sin salir a la calle. Para que me conozca y se sienta menos solo. Para que mi casa descanse doce horas. Para que yo me sienta un poco feliz y un poco con hambre, y un poco en casa y un poco solo. Y le diga al metro que no quiero trabajar y que quizás me quede ahí. El peligro es no salir nunca y olvidar dónde está la casa y que los cordones te hagan sangre y al final la ropa de trabajo sea la de todos los días.

## II

## ISOLINA

El acto de comer no se comparte. En todo caso, la comida. Por eso siempre voy sola. La abuela, o sea, la madre de papá, me contaba papá que ni en la guerra. Que él tenía que esconderse para comer el poco pan que encontraba en la casa, o se bebía el vinagre por pura desesperación, o algún huevo que lograba robar sin que le vieran y se lo bebía (no había tiempo para cocciones ni frituras). El hambre no entiende de fogones.

Pero yo no tengo hambre. Hambre tendrá Mónica. Y no solo de carne, pescado o flan. Mónica tiene hambre de persona sola. Hambre de niños y de hombres y de que se le llene la casa de sol y gritos, y de que la noche la deje sin aliento por debajo del vaquero. Mónica es amiga, pero quién la aguanta. Por eso siempre voy sola. Para mí la comida es un ritual, como una ofrenda que se le da al Dios que nos habita. La gente suele mirarme de forma extraña cuando me ven con mi copa de vino escrutar la calle por la ventana y responder con cara de pocos amigos a las zalamerías de los camareros, que no dejan de ser compasión. Yo no necesito la compasión de los camareros, necesito el saber hacer del que está en la cocina. Lo que yo hago no se comparte, o al menos eso pensaba. Sin embargo, y aquí reconozco que soy torpe, en mis búsquedas nocturnas di con una palabra. No la recuerdo. Una cosa en inglés. En los comentarios, un joven contaba que tenía problemas de dis-